

“NO HAY HECHOS, SÓLO INTERPRETACIONES”

Nietzsche

La hermenéutica ha intentado desbancar al neoempirismo, al practicismo, al funcionalismo y al materialismo. La física del siglo XX estuvo preñada, en sus comienzos, de realismo-materialista (heredado de los siglos XVIII y XIX), pero a lo largo del siglo aparece una lucha entre ese realismo del “suceso” (acontecimiento en un espacio tridimensional y el tiempo —tetradimensional matemático—) y el suceso como construcción del observador y el instrumento de observación. Luego debemos hacer la interpretación. Aquí la hermenéutica cobra fuerza al cambiar la realidad de las cosas, no sólo en lo que es la cosa en sí, sino en lo que atañe a la semántica del fenómeno físico.

El nietzschismo aflora de manera arrogante.

La analítica existencial no consiste en una descripción de la naturaleza ni de la estructura de la existencia humana; es un escuchar atento y crear una respuesta a lo que nosotros somos.

Aquí tendríamos una intersección no vacía con los heideggerianos (sobre todo con el segundo Heidegger) que consiste en que el ser físico es un ser definido por su historia. Se nos autoriza a relevar el concepto **autenticidad** por el de **interpretación** y, como dice Aranguren, incluso por el de ser mitológico.

Esto puede parecer que queda en una mera reducción léxica.

La analítica existencial nos hace conscientes de que el conocimiento es siempre una interpretación y nada más. Pero, ¡cuidado!, en la física y sus aplicaciones a la tecnología, biología, química y geología esta interpretación ha de hacerse desde un lenguaje métrico (matemático) y verificacional (experiencia de laboratorio primero, y luego en el “mundo”).

De aquí surge la reclasificación de los saberes, que ya los anglosajones iniciaron, en tres categorías (ellos sólo en dos): arte puro (creaciones estéticas —compositores, pintores y escultores—), ciencias duras y ciencias blandas (no olvide el lector que en cualquiera de las ciencias debe aflorar, además de lo propio, un aura de creación estética).

En los mencionados grupos de saberes es donde más cuaja y se necesita ese conocimiento como interpretación, aunque luego la física y sus afines, con sus aplicaciones,

necesitan los dos puntos a mayores, de la métrica y la verificación (lo que hace que la física sea diferente a cualquier otro saber y, por ello, adquiera esa laureada de la máxima fiabilidad, dentro de las cotas que tiene el conocimiento).

No es que en los otros dos grupos no fuera deseable, pero la posibilidad (sobre todo en el arte) queda, hoy por hoy, muy limitada.

Los sucesos se nos aparecen sólo porque estamos en el “mundo” en el medio de ellos o pensándolos.

Ello equivale a decir que ya poseemos una precomprensión que nos sitúa en sujetos interesados, y **no** meros **observadores neutrales** de un paisaje objetivo (en su clásica idea de independencia absoluta; de un mundo que podemos ver sin que sea alterado; que tiene “sus” leyes; una simple prolongación del creacionismo religioso).

La interpretación es el único hecho del cual podemos hablar. Decía Pareyson, clásico de la hermenéutica del siglo XX: “el objeto se revela en la medida que el sujeto se expresa”. Deseo no caer en el idealismo del empirista Berkeley (por cierto ya muy superado). Aceptamos que en la interpretación se da el mundo, no sólo existen las “subjetividades”. Pero la realidad óptica es inseparable del ser-aquí-ahora del hombre (concepto einsteniano del suceso sin llegar a ligarlo al hombre).

Estos puntos pueden sostenerse sin grandes florituras desde el kantismo. Es cierto que Kant mencionaba “la cosa en sí”, aunque no cognoscible. Nosotros ya no queremos hablar de la cosa en sí. Kant también nos dice que con las formas de intuición pura a priori (espacio y tiempo) y las impresiones que nos llegan de lo desconocido construimos los fenómenos. Pero aquí es donde nos desviamos de Kant en el siglo XXI: los fenómenos contruidos son la única realidad, las únicas ontas. Esa construcción es además histórica y geográfica (recordemos a Spengler).

Los paradigmas de funcionamiento de un ordenador son útiles para el funcionamiento del hombre, con la salvedad de que el impulso eléctrico que llega a la UCP del ordenador es “conocido” tanto en su cuantificación como en su procedencia; no así la impresión kantiana que actúa sobre los órganos de *input* humanos y hace trabajar nuestra UCP.

Pero volviendo sobre nuestro punto, la interpretación es como un virus que infecta todo ente con el que entra en contacto, reduciendo la realidad a un, nada más y nada

menos, mensaje que pone en fuera de juego absoluto la diferencia entre naturaleza y observación. Así las llamadas *hardsciences* también **verifican y falsan** sus proposiciones sólo dentro de paradigmas y precomprensiones predeterminados. Por tanto, si de este modo, los “hechos” revelan no ser otra cosa que interpretaciones, y la interpretación se presenta a sí misma como el hecho: **la hermenéutica no es una filosofía, sino el enunciado de una existencia histórica en el final de la metafísica.**

Estos enfoques científicos validan en gran parte el pensamiento heideggeriano haciendo una correspondencia con la época para dejar de hablar del evento mismo (el nihilismo de Nietzsche) y enterrando así aún más, si cabe, la metafísica. Este acontecer trae consigo en otros saberes la crítica de la ideología, la disolución de la evidente conciencia que había en el psicoanálisis e incluso la pluralización de la información, haciendo así imposible dar **una sola** imagen del mundo. Es el final de los metarrelatos.

Pero no debemos olvidar que se trata de procesos en los que estamos inmersos y no podemos observar desde fuera, y que tenemos que encontrar hilos conductores que nos permitan predecir su futuro acontecer.

Con estas breves conclusiones parece que quiero llegar a un pragmatismo a la americana (no importa lo que las cosas sean, sólo lo que sean e importen para nosotros y lo que podamos hacer con ellas). ¡Lejos de mí esa funesta idea!

Los fenómenos, cierto, no tienen esencia en sí mismos como una biunivocidad con el objeto. Pero aparecen, vienen a ser, como si fuese un aportar a un proyecto compartido.

Así el concepto de ser en cuanto a sus diferencias ontológicas se empieza a tomar como eso que ocurre en el diálogo entre los humanos (en todos los campos, y entre los físicos en la física). Pero este diálogo es un diálogo histórico entre las personas. No aceptamos el acuerdo porque encontremos la esencia de la realidad, sino que decimos que hemos encontrado la esencia de la realidad cuando nos ponemos de acuerdo. Aquí aparece la objetividad definida como una intersubjetividad.

Sin darnos cuenta avanzamos hacia un idealismo, pero “coherente”, que sólo busca una coordinabilidad entre determinado grupo de creencias (que son las científicas) y nunca hacer biyecciones entre ellas y los objetos en ellas mencionados. Por ello la única norma para atrapar los ontos físicos está contenida en los distintos “juegos lingüísticos”. Aquí aparece la variedad al crear cada físico o filósofo de la ciencia su propio sistema

para hablar de cosas como el “mundo”, el “cosmos”, el “electrón”, el “quark”, la “cuerda”, la “brana”, etc., que luego de una depuración de concepto deberán sufrir un proceso de intersubjetivación para darle **el título de objeto real**.

Quizás al llegar aquí pueda dar la impresión de que cualquier acuerdo entre profesionales de una disciplina lleva a crear un concepto. Pero no *alporizarse* porque aún queda el laboratorio y el funcionamiento métrico en “la naturaleza” (?).

De cualquier manera, quiero decir que hay unos criterios para aceptar.

Hay grandes diferencias entre lo que entendemos por una síntesis dialéctica y la arbitrariedad.

Para huir de la arbitrariedad tenemos los paradigmas que con sus metarreglas sirven de filtro para las conclusiones. Pero esto también lleva parejo la laxitud en la subjetividad, de lo contrario nunca existirían cambios científicos fuertes (revoluciones científicas para algunos).

Xermán Pita. Fisico-matemático.